

XXIX Domingo de Tiempo Ordinario

- **Éx 17, 8-13.** Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel.
- **Sal 120.** R. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.
- **2 Tim 3, 14 - 4, 2.** El hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena.
- **Lc 18, 1-8.** Dios hará justicia a sus elegidos que claman ante él.

1. ¿Qué dice la Palabra de Dios?

Lucas nos relata cómo Jesús va enseñando puntos importantes a sus discípulos, mientras van de camino a Jerusalén. En el texto de hoy nos habla Jesús de la necesidad de la oración, uno de los temas preferidos del evangelio de Lucas.

Para inculcar a los apóstoles la necesidad de orar sin desanimarse, Lucas narra la parábola del juez y de la viuda.

Se nos presenta a un juez que no respeta a nadie y una viuda, pobre e indefensa. Las viudas eran entonces, personas desamparadas y desprotegidas. El que debería administrar justicia es una persona malvada e insensible al dolor ajeno; no hace caso a la mujer que le pedía justicia contra sus enemigos. El juez obra, en definitiva, no por motivos humanitarios sino por alejar de sí a una persona importuna y molesta. La conclusión que se extrae de la parábola es: si este juez inicuo atiende a la viuda, mucho más escuchará Dios las oraciones de los fieles que se encuentran en necesidad.

El silencio y la respuesta de Dios

Con frecuencia, en nuestras súplicas, nos sentimos como que Dios no escucha nuestra oración. Y el grito nos sale espontáneo y doloroso: «¿dónde estás, Dios? ¿por qué no remedias mi situación?». La respuesta nos la da el mismo Jesús: Dios a sus elegidos, que claman a él día y noche, les hará justicia inmediatamente.

La fe nos lleva a la confianza total

Jesús insiste, una vez más, en la confianza total y absoluta en Dios. La constancia y la confianza son clave en nuestra oración. No entendemos los misteriosos caminos de Dios. Queremos que Dios obre según nuestro modo de pensar y de planear.

A veces, nuestros desahogos y lamentaciones con Dios son legítimos, pues con Él tenemos confianza. No es lo mismo “quejarnos ante Dios” que “quejarnos de Dios”. También los estudiosos de la Biblia distinguen entre lamentaciones y quejas. La lamentación se origina desde la confianza en Dios. La queja es un modo de achacar a Dios lo que nos sucede. Jesús se lamentó ante su Padre: ¿Por qué me has abandonado? Pero nunca se quejó.

2. ¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

- ¡Cuántas cosas queremos conseguir pidiéndolas a Dios! A veces, para ocultar nuestra pereza... A veces, pedimos cosas materiales.
- Lo importante de la oración es: confiar, abandonarse en las manos y en el corazón del Padre, que sabe y nos ama mucho más que lo que nosotros nos conocemos y nos amamos.
- ¿Cuál es el estilo de mi oración? ¿Qué pido al Señor en la oración? ¿Me comunico con Él solamente para pedirle? ¿Me acuerdo de reconocer sus dones y darle gracias?

3. ¿Qué le respondo al Señor?

- Me siento, Padre, sin ganas de orar. No soy constante. Y además, no sé cómo dirigirme a Ti. Sólo me interesa que me soluciones mis problemas, casi como por arte de magia. Y no me doy cuenta de que lo más importante para mí es confiar, confiar y confiar en Ti, Padre.
- Porque sé que Tú me conoces a fondo, me amas más que nadie, y deseas lo mejor para mí, para este momento y para el futuro. ¡Que yo me abra siempre al amor de tu inmenso corazón y me quede sereno y tranquilo en tu regazo! Como lo hizo tu Hijo Jesús.